

da y Carlos Veiga, el bueno de Carlinhos que se marchó llorando porque se quería quedar, aunque las oportunidades fueran mínimas.

Y alguien que llegó de tierras lejanas y plantó aquí sus raíces para componer, tocar e inventar instrumentos, una mezcla de músico y escultor, de filósofo y profeta, una de las figuras más extraordinarias del arte brasileño: Smetack.

## Los perfumes llegaron de Oriente

En un navío de esclavos de la época del infame comercio, Exu vino de África, de la zona de Nigeria, de Dahomey, de Angola, del Congo, junto a los otros *orixás*<sup>18</sup> y el canto y la danza. Los perfumes de la ciudad vinieron casi todos del lejano Oriente. Llegaron en las carabelas de los descubrimientos, en el tiempo de la audacia y del asombro. Singlaron el mar de las Indias, las costas de China y de Ceilán. En algunas iglesias del Recôncavo, los Cristos y las Vírgenes tienen los ojos almendrados, como las santas chinas de Macao. Aún hace pocos días, en el anticuario Jorge Tarrapp –uno de los mejores de la ciudad, y de un ser humano cordialísimo– vi una preciosa arca procedente de Goa. Oriente se infiltró en esta tierra bahiana. Se unió al paisaje y a los árboles frutales, y esparció su poderoso aroma.

Olor que llega con los mangos, los jacarandás y las frutas aromáticas. También con la pimienta, los picantes, el espliego y los inciensos, olor a miel y a malagueta. Se siente en los mercados, en las calles, en las cocinas, llena el aire de la ciudad.

Hojas de *pintangueiras* sobre el suelo de las casas, hojas rituales en el baño para lavar el cuerpo. Siempre es recomendable un buen baño para librar al cuerpo del mal de ojo. Pero el viajero no debe hacerlo por cuenta propia si antes no a consultado a una *iyalorixá* o a un *babalaô*<sup>19</sup>.

## Pelourinho

El corazón de la vida popular bahiana se encuentra en la parte más antigua de la ciudad, la más poderosa y fascinante. Me refiero a las plazas y calles que van desde el Terreiro de Jesús –con sus iglesias, que son cinco, a cuál más suntuosa, la Catedral, la Igreja de São Francisco, la de la Ordem

<sup>18</sup> *Divinidades africanas de las religiones afrobrasileñas.*

<sup>19</sup> *Mãe-de Santo y sacerdote del culto yoruba dedicado a Ifá, dios de la adivinación.*

Terceira con su fachada esculpida—, bajan por el Pelourinho, suben por el Paço y por el Carmo y desembocan en Santo Antônio, junto a la Cruz Pascoal, o en las inmediaciones de la ciudad baja, cerca del viejo Elevador do Tabuão o en el Beco da Carne-Seca.

Toda la riqueza del bahiano, en gracia y civilización, toda la infinita pobreza, el drama y la magia, nacen y están presentes en esa antigua parte de la ciudad.

Es el Largo do Pelourinho, el tronco donde los esclavos negros eran castigados. Desde las marquesinas de las grandes casas —entonces, ricas residencias de los señores de los ingenios, los nobles del Recôncavo—, las señoritas contemplaban como los negros eran castigados con el látigo, espaldas ensangrentadas para pagar por sus errores. Toda una diversión. Las piedras de la calzada son negras como los esclavos que las colocaron, pero cuando el sol del mediodía brilla más intensamente, adoptan reflejos color de sangre. Mucha sangre corrió sobre ellas, tanta y tanta que ni la distancia del tiempo la puede borrar. Esta plaza del Pelourinho es ilustre y grandiosa: su belleza está hecha de piedra y de sufrimiento. Por aquí pasa la vida entera de Bahía, su humanidad, la mejor y la más sufrida. Dos iglesias son mudos testimonios de esa vida: la del Rosário dos Negros, negra y azul; y la del Paço, toda negra, con su escalinata que une las calles. Y, por encima, el Carmo, las iglesias y el convento. Si es hermoso durante el día, por la noche el Pelourinho es deslumbrante.

«De noche es un escenario dramático, haya luna o no», escribe Carybé. «Las puertas de las grandes casas, cargadas de sombras, de olores y de rumores, parecen las bocas del misterio. Paseantes cansados dialogan borrachos con sus sombras al pasar bajo de los postes, bandadas de Capitães de Areia escuálidos, risotadas de *cabrochas*<sup>20</sup> resuenan al fondo de las inmensas sombras, porque a esas horas el Pelourinho es un pozo sin fin...» Y Carybé añade, con la misma ternura y la misma comprensión con las que recreó en su obra de pintor y dibujante toda la ciudad de Bahía y su vida: «Fatigada plaza oblicua, cansada de ver».

Cansada de ver: ayer vio a los esclavos en el palo, hoy ve a las putas en las puertas y ventanas de las casas coloniales que ostentan los blasones de las órdenes religiosas propietarias de esos edificios. Algunas de esas damas son niñas de trece o catorce años: llegan de las plantaciones del interior, donde los hábitos feudales ponen a las niñas en las camas de los dueños de la tierra, o vienen de la zona del petróleo, donde el dinero es fácil.

<sup>20</sup> Mestizo de indio y de mulato.

En los días del pasado, Chagas, el Cabra, venía a emborracharse a las tabernas del Pelourinho, en esas callejuelas arrinconadas y en esas cuevas. En los días del presente, el alemán Hansen ancló en el bar *Flor de São Miguel*, bar de marinos y de busconas. Hansen grabó en la madera, para siempre, el rostro denso y dramático de esa humanidad.

Para Odorico Tavares, el Pelourinho es «el más bello conjunto arquitectónico brasileño», «plaza de mucha grandeza, de mucha belleza, de mucho sufrimiento, de mucho amor». Podría añadir: plaza de vida innumerable. En el Pelourinho y en sus alrededores se encuentra de todo: la escuela de *capoeira*, las leproserías, un salón de belleza al final de una calleja, *passistas*<sup>21</sup>, estudiantes, músicos, vendedores de ventiladores, la sede del *afoxé*<sup>22</sup>, el antro de la lucha de canarios, las fincas, la masa de piedra del Convento do Carmo, la sastrería, las planchadoras de tiernos brazos, los bares más raros, las curanderas que rezan al mal de ojo en la puerta de casa, la vidente, el cura y el obrero.

## El terreiro de Joãozinho da Goméia

Cojamos el coche y vayamos a buscar a Alice, *mãe-pequena*<sup>23</sup> de la Goméia. Otros candomblés pueden ser más puros en sus rituales, pero no hay duda de que el del Engenho Velho lo será. También lo es el del Axé<sup>24</sup> del Opô Afonjá<sup>25</sup>, el gran templo de la mãe-de-santo Aninha, una de las más hermosas, nobles y dignas de todas las mujeres que he conocido. La acompañaron en su entierro miles de personas. Pero ninguna macumba es tan espectacular como la de la roca de la Goméia; a veces, nagô<sup>26</sup>, otras, angoleña, o candomblé de caboclo<sup>27</sup> cuando coincide con las fiestas de Pedra-Preta, uno de los patronos de la casa. En los ritos nagôs, los santos del pai-de-santo de la Gomeia son Oxóssi<sup>28</sup> y Yemanjá; del pai-de-santo Joãozinho da Goméia o de la Pedra-Preta, un gran bailarín, digno de escenarios de grandes teatros. Ese camino de São Caetano, que lleva a la difícil carretera

<sup>21</sup> Los más ágiles y destacados de una escuela de samba.

<sup>22</sup> Escuela de samba sólo de negros que cantan canciones de candomblé en nagó o en yoruba.

<sup>23</sup> Sustituta inmediata de la mãe-de-santo o del pai-de-santo en un candomblé.

<sup>24</sup> Los cimientos mágicos de la casa del candomblé. Cada uno de los objetos sagrados del orixá que se hallan en el altar de las casas de candomblé.

<sup>25</sup> Una de las variantes del orixá Xangô, relacionado con el fuego y sincretizado en San Jerónimo, Santa Bárbara o San Miguel.

<sup>26</sup> Relativo a Datromey, en África.

<sup>27</sup> Mestizo de blanco con indio. Se refiere a los candomblés con características indígenas.

<sup>28</sup> Orixá de los cazadores, representado por un arco y una flecha.

de la Goméia, lo recorren cuantos artistas, escritores y sabios pasan por la ciudad. Soy obã<sup>29</sup> de ese candomblé que levantó Yansã. Fue obã de Oxóssi el recordado profesor Roger Bastide, de la Facultad de Filosofía de São Paulo y del Centre de Recherches Scientifiques francés, que asistió en la Goméia a la iniciación de las iaôs y a la fiesta del nombre: cuando el encantado proclama su nombre en público por primera y única vez. Con él y conmigo hicieron una excepción que nunca agradeceremos bastante: nos permitieron ver a las futuras filhas-do-santo en la pequeña casa donde cumplían el noviciado. Allí aprendimos los cantos y las danzas, y la lengua nagô, que es la del ritual del candomblé. Allí, con la cabeza rapada, escuchan la prédica del pai-do-santo sobre las obligaciones de las iniciadas, lejos del contacto masculino, en una abstinencia sexual absoluta que dura una media de seis meses. En esas casas se cosen los ricos trajes de bahiana y los vestidos de los santos, y se sacrifican a los dioses los animales sagrados (corderos, gallos, machos cabríos y tortugas).

En el kilómetro 3 de la carretera, el automóvil cambia de dirección y parece querer estamparse contra las pequeñas casas que le quedan enfrente. Desciende por una rampa casi vertical y toma la carretera de la Goméia, donde pies de negro –miles de pies– van diariamente en busca de su templo. De camino se encuentran dos o tres candomblés, porque São Caetano es una zona de orixás y de caboclos. Pero la roca de la Goméia está más lejos, es más grande, más célebre y más importante.

Una cruz señala la entrada del candomblé, que es una roca enorme y una serie de pequeñas construcciones. Las mayores son la casa del pai-do-santo y el lugar donde se celebra la fiesta. Joãozinho da Goméia, con un rosario de cuentas de coco sobre la camisa, nos recibe frente a la casa de Exu, que está próxima a la entrada del candomblé. La gorda Alice, muy risueña y muy querida y respetada en el lugar, nos deja bajar del coche. Joãozinho da Goméia es un mulato joven, de ojos lánguidos y de agilísimo y flexible cuerpo de bailarín. Su voz es mansa. Es Filho-de-santo de Jubiabá, el famoso *pai* ya fallecido. Jubiabá lo inició en los misterios de la macumba y lo entregó al caboclo Pedra-Preta, cuya casa está prácticamente enfrente de la de Exu. La fiesta de Pedra-Preta se celebra el 2 de julio, y entonces el candomblé entero se engalana, llegan visitas de muy lejos y otros *pais-de-santo* danzan en el terreiro de Joãozinho. Ese día corre libremente la *jurema*, bebida fuerte hecha de pieles de jurema<sup>30</sup> fermentada en alcohol que al pintor Manuel Martins le pareció deliciosa y absolutamente terrible al

<sup>29</sup> *Protector.*

<sup>30</sup> *El fruto de un arbusto que tiene propiedades alucinógenas.*